

---

# eñe

(<http://revistaparaleer.com/>)

---



(<http://revistaparaleer.com/wp-content/uploads/2017/09/Trelles-normal.jpg>)

## Entrevista a Diego Trelles, por David Pérez Vega

by Eñe (<http://revistaparaleer.com/author/gestor/>) | 5 Septiembre, 2017 |

in Editorial (<http://revistaparaleer.com/secciones/editorial/>) | 0  | 1

Diego Trelles Paz (Lima, 1977) es licenciado en Cine y Periodismo por la Universidad de Lima y doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Texas. Ha publicado los libros de cuentos *Hudson el redentor* (2001) y *Adormecer a los felices* (2015), el ensayo *Detectives perdidos en la ciudad oscura. Novela policial alternativa en Latinoamérica. De Borges a Bolaño* (Premio Nacional de Ensayo Copé 2016) y las novelas *El círculo de los escritores asesinos* (2005) y *Bioy* (2012, Premio Francisco Casavella de Novela y finalista del Premio Rómulo Gallegos 2013). Sus obras se han traducido al francés, inglés, italiano y húngaro. Actualmente reside en París.

Su última novela, titulada *La procesión infinita*, ha sido publicada por la editorial Anagrama. Puedes leer la reseña que escribí sobre ella pinchando [AQUÍ](http://revistaparaleer.com/blogs/la-procesion-infinita-de-diego-trelles-paz-una-lectura-de-david-perez-vega/) (<http://revistaparaleer.com/blogs/la-procesion-infinita-de-diego-trelles-paz-una-lectura-de-david-perez-vega/>).

En tus libros -también en *La procesión infinita*- aparece un personaje llamado Diego, «el Chato», que es un escritor peruano de tu edad. ¿Cuánto tiene «el Chato» de ti mismo?

El Chato aparece, por primera vez, en *Hudson el redentor* y, salvo en *Bioy*, es personaje de todos mis libros de ficción. Es recién en esta novela que aparece con mi nombre y habitando en la misma buhardilla parisina de Etienne Marcel. Aunque ha envejecido conmigo y compartimos algunos rasgos, experiencias y principios, el Chato no deja de ser un personaje. En *El círculo de los escritores asesinos* es uno de los autores implicados en la muerte del crítico literario García Ordóñez en Lima. El Chato es mucho más aventurado que yo, puede ser incluso imprudente. No he escrito nunca un libro de autoficción y dudo mucho que alguna vez suceda.

La estructura de *La procesión infinita* huye de la narración lineal. ¿Hasta qué punto te han influido tus estudios de cine a la hora de realizar el «montaje» de una novela?

El cine es fundamental. La literatura, como cualquier otra disciplina artística, puede nutrirse de otras formas y plataformas y dar soluciones narrativas a esos momentos que requieren de una puesta en escena distinta. No es un mero artilugio, a veces la literatura no llega. Por otro lado, el cine te enseña a *ver* y a entender dónde y por qué se coloca una cámara en determinado ángulo o qué queda dentro y fuera de un encuadre. En técnicas como el elipsis o el montaje, las posibilidades narrativas se multiplican.

En *La procesión infinita* podemos leer: «Y nunca, escúchame bien esto, Chato, o como chucha te llames, *nunca jamás* vayas por la vida oliéndole los pedos a Vargas Llosa, ¿entendiste?... La literatura no es para zalameros, causa. Es lo que sobra allá. Para escribir hay que matar, ¿escuchaste? ¡MATAR! (...) ¡Tuércele el cuello a Zavalita o no escribas nada!» ¿Cuál es tu relación, como autor peruano, con la figura de Mario Vargas Llosa?

Mario Vargas Llosa es una figura decisiva para autores de distintas generaciones y, desde luego, para mí también. Otros escritores peruanos que admiro y cuyos libros dejaron un sedimento en mi narrativa son Julio Ramón Ribeyro y Oswaldo Reynoso. Hay otros colegas que han sido influidos por autores de distinta estirpe como José María Arguedas o Luis Loayza. Algo importante y consciente fue mi decisión de ser escritor luego de leer *Los cachorros*, y esto ocurrió cuando todavía era un adolescente. Juan Antonio Masoliver Ródenas acierta cuando, en su reseña de la novela, recuerda al poeta mexicano Enrique González Martínez en ese famoso verso contra el modernismo donde pide torcerle el cuello al cisne. En el arte no se debe negar un origen contra el que, al mismo tiempo, es imperioso rebelarse.

La crítica ha hablado de la influencia de Roberto Bolaño en tu obra. ¿Te resulta más fácil sentirte vinculado a él que a Vargas Llosa?

Bolaño le escribió un precioso prólogo a *Los cachorros* de Vargas Llosa. A diferencia de Carlos Fuentes, Vargas Llosa siempre ha sido elogioso con la obra de Bolaño pese a las críticas del último hacia algunos de los escritores del *boom*. Ambos vivieron por y para la literatura. Con eso me identifico absolutamente. La crítica siempre establece vínculos porque, como buen detective, rastrea las lecturas de los que escriben. Pero ese árbol es mucho más frondoso: Onetti, Rulfo, Piglia, Puig, Ibarguengoitia, por nombrarte solo a los latinoamericanos.

*La procesión infinita* es una novela recorrida por la violencia (de Sendero Luminoso, del Estado, violencia individual...), un elemento recurrente en tus libros. ¿Qué peso tiene para ti la violencia como sustrato narrativo?

Es uno de los motivos de mi narrativa. Uno escribe sobre aquello que lo afecta. La violencia ha estado presente en mi vida desde la infancia. Sin ser víctima directa, soy también hijo de esa violencia, de esa *guerra a la luz de las velas* a la que alude Daniel Alarcón en su maravilloso libro de cuentos, y también un adolescente que creció en dictadura y se formó como ciudadano y como escritor en un país

donde todo estaba chueco y los problemas se resolvían con esa misma violencia que no se acabó en 1992, cuando capturan a Abimael Guzmán, sino que se reformula, ese mismo año, cuando el presidente Alberto Fujimori cierra el Congreso y se convierte en dictador.

En el programa *Cronopios y famas* podemos escucharte decir: «Soy consecuente con los personajes (...), y no me importa perder al lector». *La procesión infinita* es una novela que dosifica bastante la información que se le da al lector, con drásticos saltos temporales y escrita con un lenguaje cuajado de peruanismos que, sin embargo, se publica en España. ¿En ningún momento temes que el lector español pueda perderse en ella?

Pensemos en las novelas de tres escritores mexicanos que escriben usando una jerga mexicana muy acentuada y a los que recomiendo plenamente: Yuri Herrera, Daniel Sada y Jorge Ibarguengoitia. Los tres son publicados en España y en muchas partes del mundo. Sada no se planteaba esa disyuntiva cuando escribió *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* y el resultado es una obra maestra que se lee y se estudia. Escribir pensando en un determinado lector es una trampa. Y lo es porque termina estandarizando el lenguaje y favoreciendo la impostura en pos de un mercado que exige más amabilidad. Me encantaría que mis libros se vendan en todos los supermercados y lleguen a cualquier lector del mundo, pero no al costo de sacrificar mi arte. Un buen libro genera sus lectores.

A finales de 2016, Juan Pablo Villalobos ganó el premio Herralde con su novela *No voy a pedirle a nadie que me crea*. El finalista fue Federico Jeanmaire con *Amores enanos*. El jurado también destacó la calidad literaria de *Cómo dejar de escribir* de Esther García Llovet, que se publicaría en el primer trimestre de 2017. Tu novela *La procesión infinita* se encontraba entre las cinco obras finalistas del premio. ¿Cómo fue la sensación, en primera instancia, de haberte quedado a las puertas de publicar en la prestigiosa Anagrama? ¿Cuándo supiste que Anagrama publicaría también *La procesión infinita*?

Soy de esos que se gastaba la mitad de su sueldo comprando libros. Era periodista, ni siquiera estaba en planilla, y apenas cobraba algo, no lo dudaba ni un instante: me iba primero al jirón Quilca o a Amazonas, y buceaba entre las pilas de libros de segunda buscando tesoros; luego me gastaba lo que tuviera en un libro importado. Solía ser de Anagrama porque en su catálogo estaban todos los autores que me interesaban y que representaban lo que yo entendía por literatura de autor. De repente esta anécdota pueda servir para entender la dimensión de lo que significa ahora ser autor de este gran sello.

En 2012 ganaste el Premio Francisco Casavella con tu novela *Bioy*, que además fue finalista del Rómulo Gallegos en 2013. *Bioy* tuvo una gran repercusión crítica. ¿Qué ha supuesto *Bioy* para tu carrera literaria?

*Bioy* sigue siendo un manicomio sin puertas de salida. La repercusión crítica se la ganó a pulso, como lo hacían antes las buenas novelas: no tuvo un gran impulso en promoción pero los lectores fueron pasándose la voz y esto generó lo que es ahora. Como escritor fue un deslumbramiento porque escribirla fue un proceso de aprendizaje, de descubrimiento, de independencia de mi voz. *El círculo de los escritores asesinos* había sido bien recibida en España pero habían pasado cinco años y la memoria para seguir carreras puede ser frágil. *Bioy* es, acaso, la prueba de lo que te señalaba antes. Es una novela que te golpea desde la primera página y que muchos simplemente abandonaron para volver después. No pensé en la sensibilidad de ningún lector para hablar sobre una guerra que había sido sangrienta hasta lo inhumano. Hay amigos escritores que piensan que *La procesión infinita* es mejor que *Bioy*. Da igual lo que yo crea, el comentario me deja tranquilo.

Tus libros se han traducido al francés, inglés, italiano y húngaro. Fuera del mundo hispano, ¿dónde han funcionado mejor?

En Francia. De hecho, *La procesión infinita* aparecerá en 2018 con mi editorial Buchet Chastel. Estar en Anagrama y en Buchet Chastel, editoriales que considero afines, es lo más importante para mí a estas alturas de mi carrera.

Cuando en el programa televisivo *Lee por gusto* te preguntan por tus cinco libros favoritos, citas los siguientes: *El Quijote* de Miguel de Cervantes, *Santuario* (o *Luz de agosto*) de William Faulkner, *Viaje al fin de la noche* de Louis-Ferdinand Céline, *Meridiano de sangre* de Cormac McCarthy y *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. Si la pregunta se hubiese limitado a tus cinco libros favoritos de Hispanoamérica, ¿qué habrías contestado?

*Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *Conversación en La Catedral* de Mario Vargas Llosa, *Las muertas* de Jorge Ibarguengoitia, *La última niebla* de María Luisa Bombal y *Respiración artificial* de Ricardo Piglia. Es una pregunta injusta porque siento que me faltan Onetti, García Márquez, Puig. ¡*Rosaura a las diez* de Marco Denevi o *Luna caliente* de Mempo Giardinelli! Y, claro, doy por descontado que no puedo repetir *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño porque ya la había mencionado antes.

Después de la gran época de escritores como Mario Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique o Julio Ramón Ribeyro, ¿en qué estado consideras que se encuentra la literatura peruana en la actualidad?

Mejor en la producción que en la crítica. No solo hay pocos suplementos culturales sino que está la influencia de las redes que no siempre es la mejor. El problema de la literatura peruana nunca ha sido el nivel, sino la manera como los conflictos y las diferencias políticas terminan en el terreno artístico. Un buen escritor puede ser borrado de un plumazo por pensar distinto. Muchos de los que ejercen la crítica también escriben. Es casi un conflicto de intereses.

Me comentabas que estás escribiendo una trilogía temática, que comienza con *Bioy* y sigue con *La procesión infinita*. ¿Nos puedes hablar de la tercera novela? ¿Ya la estás escribiendo? ¿Cuál será su temática?

Luego de dos meses felices y llenos de chamba por los dos libros que estuve presentando en el Perú, he vuelto a escribirla. Siempre que adelanto algo de lo que voy a escribir, termino escribiendo otra cosa. Soy un escritor contreras y un poco histérico.

Muchas gracias, Diego.

---

Share the post